

Auge y caída de la personal(de)idad

Julio HEVIA GARRIDO-LECCA

Las condiciones históricas que abonaron el terreno para la emergencia de las ciencias humanas se remontan a las últimas décadas del siglo XVIII. El nuevo régimen burgués requería de nuevos dispositivos para irradiar sus valores y figuras, de instituciones que fijaran las reglas y estratificaran a las poblaciones en juego. Inscribir, entonces, en determinados cotos a la gente desocupada; modelar y supervisar los aprendizajes y hábitos requeridos; hacer del ocio ajeno y de la tecnología propia los recursos, necesarios y suficientes, para la constitución de una fuerza de trabajo disciplinable. Capitalizarlo todo y del mejor modo: de allí la consigna del orden estatal moderno.

A fin de evitar desvíos, derivas y gérmenes conflictuales se implementó una observación permanente, una vigilancia estratégicamente distribuida. Así podía generarse una conciencia, en el sujeto o en las agrupaciones visualizadas, de no ser más que un objeto sometido a exposiciones continuas y exámenes periódicos, e incluso la fuente constitutiva de una información centrada en sus gestos y movimientos. Todo ello debía orientarse, indefectiblemente, hacia una productividad que comenzaba a marcar, con su sello alienante y en diversos modos, a unos y a otros.

A partir de los afanes conductistas de J. Watson y del grueso empirismo con que pretendía hacer ciencia, la psicología ejerció labores destacables en un terreno profesional que no brilló, precisamente, por la ausencia de actitudes policíacas. Las mismas que el sistema social le demandaba, desarrollara permanentemente.

Lo concreto es que las especulaciones sobre el psiquismo dieron paso a los rigores experimentales de un comportamiento molecularizado en el laboratorio o se vieron relevadas por la voluntad testométrica de avizorar aptitudes vocacionales, detectar desajustes psico o socio-páticos y capturar las intelligen-

cias mejor dotadas de cada sector. De ese modo, los escenarios laboral, escolar y militar se vieron precozmente beneficiados por las bondades evaluativas y rectificadoras que las técnicas aludidas concretaban.

Críticas al margen, el peso de las disciplinas de la conducta se tradujo en una suerte de conductismo disciplinario, coaguló un ordenamiento axiológico en la mirada genérica, consolidó una estandarización en el ciudadano común y corriente, es decir, en aquél que está al corriente de todo lugar común. Frases proverbiales, exhortaciones paternas, consignas escolares nos protegen del caos, espantando cuanto hay de oscuro, incierto y enigmático en el ser humano.

Se instaura una ritualidad que destila ciegos apegos o inequívocos consensos. Hablamos pues, de un paradigma cuya anfibología técnico/coloquial engrosa su eficacia y reafirma su poder: la personalidad.

Especie de ícono o divinidad portátil, dotada *exprofeso* para explicar desvarios ideativos, reacciones paradójicas y falencias comportamentales, la célebre 'personalidad' se yergue como la instancia estructurante por antonomasia. Matriz todopoderosa que, por añadidura, oferta la creencia de que, en el fondo, contamos con un pasaporte espiritual/diferencial que nos salvaguarda de cualquier asimilación al prójimo. Reducto psicologista contra el que cualquier arresto socioeconómico habrá de estrellarse y donde la presión histórica terminará por ceder. Solipsismo que aureola la individualidad, colocándola muy por encima de toda generalización contaminadora.

De acuerdo a ese esquema, los impases existenciales o las contradicciones en las que el sujeto se devanea no representan más que el escamoteo o la postergación, el rodeo o la perversión de una verdad última: entidad indivisible en la que se atesora la personal-izable.

Así, pues, el nazismo y el senderismo se agotarán en las tácticas impositivas o en la persuasión ejercitada por sus cabezas visibles; las voces estentóreas y seductoras, los temperamentos firmes y ambiciosos alcanzarán para explicar, entre manipulaciones y maquiavelismos, los genocidios y las catástrofes de largo alcance. Y es que el culto al personalismo reclama una confirmación incesante del perfil mítico con que suele investirse a los líderes de éxito. Admirados o culpados, jefes militares o mandatarios civiles, personajes vanguardistas o totalitarios, desfilan una y otra vez, por el balcón del *up-statuts*.

Sin embargo, otras tendencias –menos reduccionistas, digamos– hubieron de pronunciarse desde el alba de nuestra quasiconsumada centuria. Sigmund Freud advirtió cuán inútil era oponer y autonomizar una psicología individual y otra que asumiera los procesos sociales. Dichos pronunciamientos sir-

vieron de marco al estudio que el padre del Psicoanálisis propuso para el abordaje de dos órganos masificantes por excelencia, de dos de los principales aparatos del poder: la iglesia y el ejército. En ese mismo texto, el ya clásico *Psicología de masas y análisis del yo*, Freud divisa algunas de las características de las sociedades contemporáneas: debilitamiento del factor religioso, desacralización de las grandes instituciones, fortalecimiento de cultos profanos, despliegue acelerado de la neurosis.

Acusando una fuerte influencia del pragmatismo inglés, el llamado Interaccionismo Simbólico, hizo de lo interpersonal, es preciso recordarlo, uno de los sustentos de su propuesta. Fue así que desde los 30', H. Mead, creador de tal perspectiva, anduvo trabajando sobre la dialéctica permanente y conflictual, entre el 'yo' y el 'mi'. Según el autor, los agentes sociales se veían constantemente tensados entre un 'yo' intrusivo y arrebatador y un 'mi' tendiente a la armonía y la conciliación, entre una acción ciega y una reacción sorda. Parece, pues, lógico que las psicociologías de fin de siglo sean tributarias del pensamiento de Mead.

Entretanto, la fenomenología husserliana, cuya posta logocéntrica la constituyera en Francia Merleau-Ponty, trabajó tesoneramente a fin de conectar al yo con el otro. Tal perspectiva, que encontrara en la intersubjetividad lacaniana su articulación más sofisticada, no resultó ajena al español Ortega y Gasset, quien a medio camino entre la literatura y la metafísica, y mientras libraba una lucha titánica contra la influencia de Heidegger, se interesó vivamente en los fenómenos del psiquismo, o al mexicano Octavio Paz, quién se aproximó a la noción del otro con el fin de explicarse el modo como los atropellos de un colonialismo imperial ha marcado el destino de los pueblos sojuzgados, determinando con ello que la liberación de éstos últimos se vea siempre afectada por la parcialidad de sus logros.

El salto fenomenológico, sin embargo, no se libera de ciertas ataduras, pues –como lo demuestra M. Foucault– o hay un acontecimiento previo que el sentido desmonta a posteriori o bien la significación se anticipa y le otorga un lugar prefabricado al acontecimiento. De allí se desprende, inequívocamente, una gramática enunciativa en primera persona y la correspondiente mitificación de la conciencia.

Más activamente militante, R. Laing, principal vocero del radicalismo antipsiquiátrico, había efectuado durante los 50' un reclamo doble –explícito al psicoanálisis, implícito al existencialismo– cuando denunciaba el grado obseso y unilateral con que las categorías alusivas al 'ego' desestimaban al 'alter', cosificándolo hasta la saciedad. Interesado en la problemática de la identidad, y no precisamente en términos cartesianos de

unidad y continuidad, el autor propone la noción de 'díada', criticando de plano la posibilidad de pensar una imagen personal ajena a la percepción y expectativa que, en todo momento y lugar, establecemos del otro. Laing se apoya, para esos efectos, en nombres tan diversos como los de G. Bateson y E. Berne, a fin de redimensionar la cuestión del juego en el ámbito de las miradas y las atribuciones recíprocas.

La interioridad individual, entonces, opuesta y/o complementaria a una especie de medioambientalidad social, parece involucrar o verse trastocada por flujos comunitarios alojados en el mismo sujeto, tornándolo así más permeable a lo externo. Gradualmente asistimos a un descentramiento del ser, a una deportación del yo, a un exilio de la personalidad. Tal deslizamiento no debería extrañarnos pues parece constituir el movimiento inverso –o si se quiere, 'el retorno de lo reprimido'– de la sucesión dada en el uso del vocablo 'persona'. Sabemos que una lectura estoica, originaria, agotaba tal significativo en roles y escenificaciones, mientras que la visión cristiana, al enfatizar el aspecto de la sustancia, terminó centrada en las relaciones: temática amplia y clásicamente ilustrada en la triangulación Padre/Hijo/Espíritu Santo. El concepto máscara –*prosopon*– rebalsado inicialmente por el de soporte –*hypostasis*–, contrataca hoy con toda la fuerza de la que es capaz.

En efecto, la modernidad –según advierte G. Deleuze– va a revertir el orden platónico, restituyendo las simulaciones y dando la bienvenida al reino de las metamorfosis constantes. En vez de esencias y soportes sustanciales, primarán los deseos, los contextos y las situaciones de los que los simulacros se apoderan. La técnica contribuyó sensiblemente a esa multiplicación incesante de imágenes –como lo vislumbró Benjamín–, generando una iconografía serial cuyo más patente indicador habría sido la pérdida del aura de la obra de arte, la desaparición de su valor exclusivo e inintercambiable.

De ese modo, y volviendo a los trayectos oficiales de las psicologías acá descritos, cierta lógica sustenta el que un itinerario iniciado en el mundo inmóvil que los contenidos egocéntricos reclaman para sí se vea luego relevado por el círculo de las alteridades personales y encuentre, finalmente, su tercera escala en la esfera que los colectivos más restringidos abren y las microsociedades diseñan: tiempo y espacio de las dimensiones grupales.

Destacándose de otras búsquedas en el ámbito de las comunidades menores, clásicamente subestimadas, por ejemplo, respecto a las clases sociales, W. Bion, psicoanalista inglés y tributario de la obra de M. Klein, detectó, mientras trabajaba con psicóticos de guerra –víctimas clínicas de la segunda conflagración mundial– lo que el propio autor denominó el

aparato protomental de los grupos humanos. Sintetizando, se diría que ante situaciones-límite o en su movimiento regular, la gente se dejaría orientar por la luz -frecuentemente cegadora- que el *mesianismo* supone, fantasearía el *apareamiento* de los miembros más destacados de sus circuitos o pretendería, en medio del pánico y la confusión, recibir la voz de alerta que esclarezca el impase, imponiendo una respuesta ante el dilema ataque-fuga. Tal propuesta lleva hasta sus últimas consecuencias el aserto freudiano según el cual el hombre no sería un ser gregario sino un animal de horda. Por ello, los comportamientos masivos supondrían demandas de autoridad, anhelos de consignas y evasiones permanentes de aquellas incertidumbres que contrarian los atavismos transmitidos de generación en generación.

Más cercano a los aprendizajes grupales no-patológicos, la psicología social del argentino Pichon Rivière, muy marcada a su vez por las enseñanzas de Bion, renueva el panorama con la categoría de *grupos internos* en el sujeto. Estos actuarían a manera de referentes u ópticas introyectadas, a fin de orientar el querer, el saber y el hacer de los miembros intersectados. Y así como J.P. Sartre ve en la serie anónima o anómica el antecedente inmediato, cuando no el germen, del grupo ulterior, P. Rivière establece que la tarea de una camarilla sólo podrá darse por iniciada cuando se establezca el paso de un pensamiento estereotipado a un tipo de concepción reflexiva, cuando la pura reiteración del fraseo prefabricado da lugar a una labor de cuestionamiento.

En la orilla de los 70', un psiquiatra francés, F. Guattari, cuya heterodoxia nadie discutiría, sugiere en sus investigaciones sobre problemáticas institucionales la noción de *transversalidad* grupal, queriendo demostrar con ello que las pugnas entre conjuntos humanos no pueden explicarse por el mero horizonte igualitario en el que se observan y/o por la verticalidad que les da o les resta lugar, pues hay líneas quebradas, oblicuas, diagonales que desestabilizan en todo momento las previsiones de un orden dado. Pueden detectarse entonces grupos-paranoicos (como las bandas) o grupos-depresivos (como las sectas) que aparecen como reflejos actitudinales o estilos cognitivos merced a los cuales los sujetos-colectivos, en su extremismo, se sitúan ante el poder dominante.

Es pertinente recordar que grupo, etimológicamente, proviene del vocablo italiano 'grosso', tipo de escultura de cuya base común emergen bustos, extremidades y cabezas independientes. Tal figura remite inmejorablemente a la sujeción simbólica y a la trampa imaginaria -por decirlo a la manera de J. Lacan- que toda pragmática discursiva supone. Es por ello que una cierta retórica democrática, ignorando todos los

descreimientos que lo real le inflige, presenta hoy al grupo como una 'fábrica de consensos': he allí la utilidad y el peligro de su uso, en la expresión de J. Ibáñez.

No ha de ser gratuito que un contemporáneo de Durkheim como es G. Tarde sentencie que los tres recursos para instalarse en la vaso-comunicación del devenir diario sean la imitación, la oposición y la innovación. Expresado al modo de Deleuze, se trataría de tres mecanismos que dan cuenta de repeticiones siempre, y en algún grado, diferenciables, y de diferencias necesariamente repetidas.

Teóricos de las modernas administraciones micro-empresariales han admitido que el incremento de los rendimientos y las productividades no encuentran más sus metáforas en el ejército disciplinado y en el tejido celular autogestionario, sino en las evoluciones que llevan a cabo los miembros de una agrupación musical o de un equipo de fútbol. Así, pues, el protagonismo se torna intermitente y funcional, las jefaturas son relativas y el esquematismo del par fondo/forma deberá adaptarse a las diversas coyunturas y sincronías con que cada secuencia se destaca y retira. Un poco a la manera del diseñador alemán M.C. Escher, que transforma peces en aves y viceversa, en base a mínimas variantes que ondulan progresivamente el espacio gráfico, e invitando a trayectorias ópticas que certifican la conversión de lo accesorio en esencial y la transmutación de lo esencial en accesorio.

La misma publicidad gira hoy –a partir de las nuevas segmentaciones del mercado– en torno al llamado *grupo primario*: motivo de sus desvelos y destino inequívoco de su innovadora parafernalia audiovisual. Escasos son los consumos que se concretan en soledad, pues en el extremo ella se encuentra poblada de productos y servicios que relevan el lugar del otro: no olvidemos la preocupación por otorgarle 'personalidad' al proyecto y/o indagar la 'imagen' que éste posee, entre los posibles destinatarios.

Siendo, entonces, el grupo, sujeto protagónico de una llamada diversa y masiva, no deberá sorprender el boom de las técnicas cualitativas –glorificadas a partir de los años 80– y su consecuente inserción en la escena investigativa contemporánea, entre academicismos y mercantilismos no siempre distinguibles.

Cada sujeto es la resultante de un conjunto de almas socialmente estratificadas, afirmaba Nietzsche. La multiplicidad podrá ser, en la actualidad y más que nunca, plenamente certificada. Fragmentado entre voces heteróclitas, espacios y códigos, el sujeto no es lo más lo que es, ni tampoco lo que significa, sino aquello en lo que deviene. Deleuze y Guattari han anunciado incluso el debilitamiento del sujeto de la enunciación para saludar el arribo de los agenciamientos colectivos.

Contra la atención que empiezan a merecer los saberes menores –locales o regionales–, las verdades canonizadas, las lecturas enciclopédicas y las aristocracias discursivas se lanzan a la reconquista de los tiempos perdidos. Mientras en el *comic* de vanguardia se anuncia la muerte de Superman y la celebración de sus exequias, la industria cinematográfica norteamericana laurea a un Correcaminos antropomorfizado: Forrest Gump.

Como el muro de Berlín o los imperios de ultramar, las explicaciones de antaño se derrumban ante los rayos X de la posmodernidad. Las descripciones, en cambio, más atentas y puntuales, poco interesadas en reduccionismos categoriales, enfrentan un desafío sin precedentes. Se trata de redimensionar los detalles, de dilatar los seguimientos, de ser más permeable a las mutaciones y a las mínimas variantes. Al aceptar los modos en que nos afecta el fenómeno, el grado en que los acontecimientos responden a nuestro acontecer, la impronta con que el habla nos habla, lo inextricable de una actuación que se especta y de un espectáculo que se actúa, aceptaremos también la urgencia exploratoria de mudarnos, no al lado de los hechos sino alados por los propios hechos.

¿Dónde podría refugiarse, en medio del panorama descrito, la personal(de)idad? Por lo pronto, se sabe que los ideales del poder permanecen o procuran permanecer fijos, si es posible en el centro y, más aún, elevados. Inversamente, las potencias reptan, roen, se mimetizan a otra velocidad. Frente a un propósito sedentario, brillan intermitentes los despliegues nómadas. Frente a una lengua mayor se articulan todos los usos menores. Ante la seriedad territorializante hay una burla desterritorializadora.

Conviene entonces no inquietarse en exceso, pues el desesperado reclamo por el extravío de la individualidad burguesa aparece como un peligroso síntoma del horror al vacío, como el índice nostálgico de un universo que equivalía agorafóticamente, a un verso unitario.

- Abbagnano, Nicola *Diccionario de filosofía*. Fondo de Cultura Económica. México, 1986.
- Benjamin, Walter *Discursos interrumpidos I*. Taurus. Madrid, 1973.
- Deleule, Didier *La psicología, mito científico*. Anagrama. Barcelona.
- Deleuze, Gilles *Diferença e repetição*. Graal. Rio de Janeiro, 1988.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix *Mil mesetas*. Pre-textos. Valencia, 1988.
- Foucault, Michel *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. México.
- *Microfísica do poder*. Graal. Rio de Janeiro, 1990.
- *Arqueología del saber*. Siglo XXI. México, 1979.
- Freud, Sigmund *Psicología de masas y análisis del yo*. Alianza. Madrid.
- Guattari, Félix *Psicoanálisis y transversalidad*. Siglo XXI. Argentina, 1976.
- Ibáñez, Jesús y otros *El análisis de la realidad social, métodos y técnicas de investigación*. Alianza. Madrid.
- Lacan, Jacques *Escritos I y II*. Siglo XXI. México, 1975.
- Laing, Ronald y otros *Percepción interpersonal*. Amorrortu. Barcelona, 1973.
- Lévi-Strauss, Claude *La identidad*. Pretel. Barcelona, 1981.
- Liotard, Jean-François *La condición postmoderna*. Cátedra. Madrid, 1989.
- Merleau-Ponty, Maurice *Fenomenología de la percepción*. Artemisa. México, 1985.
- Nietzsche, Friedrich *Más allá del bien y del mal*. Orbis. Buenos Aires, 1983.
- Ortega y Gasset, José *El hombre y la gente*. Alianza. Madrid, 1980.

- Paz, Octavio *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Pichon-Rivière, Enrique *Teoría del vínculo*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1979.
- Tarde, Gabriel *La logique sociale*. Alcan. Paris, 1983.